

Felix Guattari: el deseo y la Revolución

La “máquina pensante” de Guattari, inagotablemente creadora, sistemáticamente versátil, siempre crítica y en permanente subversión con lo establecido, producía desde su doble condición de militante revolucionario y de psicoanalista no ortodoxo. Ambas vertientes coexistían en su personalidad — se llamaba Pierre y Felix—, penetrándose, combinándose, comunicándose, pero no le creaban problemas de identificación. Más que cultivar el propio yo, siempre bajo el embate conjugado de fuerzas políticas y analíticas, le importaba integrarse en luchas colectivas y de vanguardia, formar parte de grupos activos y cambiantes. Su frase “todos somos grupúsculos” indicaba su constante búsqueda de una nueva subjetividad de grupo que no se dejase encerrar en un grupo excluyente, dogmático y superyoico. Rechazaba visceral e intelectualmente los “grupos sometidos” a los amos que se dan o se aceptan y que reciben su ley del exterior, pues su organización jerarquizada y piramidal conjuraba toda posibilidad del sin-sentido, de cuestionamiento o ruptura, de estallido espontáneo, de corte creativo, de muerte, y operaba con “enunciados” estereotipados. Abogaba por los “grupos-sujetos”, que se fundamentan en su propia ley interna, que intentan elucidar su objeto y abrirse más allá de los intereses del grupo, y que, por “transversalidad”, pueden convertirse en agentes de enunciación, soportes de deseos colectivos, elementos de creación institucional y de acción revolucionaria, valiosos para el desarrollo de una política permanentemente radical y para el ejercicio de una práctica psiquiátrica renovadora.

Nacido en 1930, Felix Guattari militó desde muy joven en la izquierda revolucionaria y muy pronto, a través de Jean Oury se interesó apasionadamente por la psiquiatría y el psicoanálisis. Por entonces, en los años cincuenta, se vivía en Francia una suerte de revolución psiquiátrica en el plano teórico y práctico, una revolución iniciada durante la segunda guerra europea en el Hospital de Saint Alban (Lozere) por los sucesivos equipos constituidos en torno a Tosquelles, exiliado de la España republicana. A volver de los campos de prisioneros, un buen número de psiquiatras y enfermeros habían abordado los problemas del hospital psiquiátrico con una visión completamente nueva, transformado colectivamente sus servicios. Intelectuales surrealistas, médicos muy influidos por el freudismo y militantes marxistas se reunían allí, y fueron creando instrumentos de desalienación para los enfermos mentales. Había nacido una nueva actitud, un enfoque militante de la enfermedad mental, que iba a sacudir los estereotipos tradicionales y chocar con los círculos conservadores de la administración y con determinados círculos “de

izquierda”. La “consigna” propuesta era que antes de emprender cualquier cura individual había que transformar la institución psiquiátrica y crear un ambiente terapéutico. El desarrollo de la socioterapia y el establecimiento de nuevas relaciones entre los enfermos y los “tratantes”, entre los médicos y los enfermeros, entre los médicos y las familias, etc., fueron cuestionando los viejos usos y hasta la semiología tradicional. Se iniciaba una aproximación real, no exenta de dificultades y problemas, entre la práctica hospitalaria y el psicoanálisis, a través de lo que se llamó la psicoterapia institucional.

ANÁLISIS INSTITUCIONAL

Guattari se adscribió de un modo militante a ese movimiento, creando un grupo de trabajo de análisis y sociología institucionales, que en 1965 se transformó en la Sociedad de Psicoterapia Institucional. Simultáneamente trabajaba en la comunidad terapéutica de La Borde, junto a Jean Oury: “hay algo que especificar en un grupo de militantes en el dominio psiquiátrico, y es el de estar comprometido en la lucha social, pero también ser lo suficientemente loco como para tener la posibilidad de estar con los otros locos” (1). Entre la institución psiquiátrica y el psicoanálisis, en el que se había formado, Guattari iniciaba el difícil camino de un análisis institucional que implicaba una práctica alternativa. No tardó en percatarse de la dificultad o imposibilidad de introducir en la institución el psicoanálisis, limitado a un cierto tipo de neuróticos, a unas categorías sociales bien precisas y a un mundo cultural bien diferenciado. “Desde el principio, la relación psicoanalítica está moldeada por la relación contractual de la medicina burguesa más tradicional: la fingida exclusión del tercero, el papel hipócrita del dinero al que el psicoanálisis aporta nuevas justificaciones bufonescas, la pretendida limitación en el tiempo que se desmiente a sí misma al reproducir una deuda hasta al infinito, al alimentar una inagotable transferencia, al alimentar siempre nuevos conflictos” (2). El psicoanálisis podía incluso evolucionar hacia un sistema iniciático replegado en sí mismo, que permitiera meditar el mundo, en el mayor silencio, y también en el confort.

Por su parte, Guattari intuía que el inconsciente se relacionaba directamente con un campo social, económico y político, más que con las coordenadas míticas y familiares invocadas tradicionalmente por el psicoanálisis. El inconsciente era la libido como tal, como esencia del deseo y de la se-

xualidad, que cargaba y descargaba los flujos de cualquier naturaleza que circulaban en el campo social, que producía cortes de esos mismos flujos, bloqueos, fugas, retenciones. No actuaba de una manera manifiesta, pero desplegaba un deseo latente coextensivo al campo social, ocasionando rupturas de causalidad, surgimiento de singularidades, puntos de detención como de fuga. Por contra, el psicoanálisis aplastaba sistemáticamente todos los contenidos sociopolíticos del inconsciente, que sin embargo determinaban en la realidad los objetos del deseo. Para Guattari, el inconsciente no simboliza, no imagina, no representa: máquina, es maquínico. Ni imaginario ni simbólico, es lo real en sí mismo, lo real imposible y su producción, una producción que remite al deseo en tanto que principio inmanente. Pero esta producción deseante, tamizada por el psicoanálisis, es personalizada, personologizada, imaginarizada, estructuralizada, transformándose en producción de expresión, en producción de fantasma. Con lo que el inconsciente deja de ser lo que es, una fábrica, un taller, para convertirse en un teatro donde se representa el mito edípico, repetitiva e interminablemente analizado.

Quedaba la práctica, que impulsaba a encontrar algo que rompiera el acorralamiento de la institución psiquiátrica, a efectuar una apertura a la alteridad más completa de la situación. Guattari trataba de hacer estallar el carácter totalizador de la institución, que ésta adquiriese una consciencia subjetiva capaz de generar todo tipo de cuestionamientos y modificaciones. Para ello, fue aportando una serie de nociones con una orientación práctica precisa: introducir en la institución una función política militante, constituir una suerte de “monstruo” que no fuera el psicoanálisis, ni la práctica hospitalaria habitual, ni dinámica de grupo, y que pudiera aplicarse en todas partes, en el hospital, en la escuela, en la militancia. En conclusión, una máquina que produjese y conociese el deseo, la “unidad básica deseante”.

LOS GRUPOS SUJETOS

Desde la perspectiva del análisis institucional y en los trabajos del equipo de La Borde, Guattari elaboró la noción de fantasma de grupo, diferenciándolo del fantasma individual. El fantasma de grupo era inseparable de las articulaciones “simbólicas” que definían un campo social en tanto que real, mientras que el fantasma individual depositaba el conjunto de este campo sobre datos “imaginarios”. La dimensión imaginaria del fantasma poseía una importancia decisiva sobre la pulsión de muerte, por lo que la inmortalidad conferida al orden social establecido implicaba en el yo todas las catexis de represión, los fenómenos de identificación, de superoidificación y de castración, todas las resignaciones-deseos, incluidas entre ellas la resignación de morir al servicio de ese orden, mientras que la misma pulsión de muerte era proyectada hacia el exterior y sobre otros grupos: ¡Muerte a los extranjeros! Por el contrario, en el fantasma de grupo aparecía un polo revolucionario, en el poder vivir las instituciones como mortales, en el poder cambiarlas o destruirlas según las articulaciones del deseo y del campo social, convirtiendo la pulsión de muerte en auténtica creatividad institucional. Y

ahí radicaba el criterio diferenciador entre la institución revolucionaria y la enorme inercia que la ley les comunicaba a las instituciones en un orden establecido. Pero el desarrollo de las distinciones entre el fantasma de grupo y el fantasma individual mostraba, finalmente, que no existía el fantasma individual. Más bien existían, en contraposición a los grupos-sujetos, los grupos sometidos, en los que el Edipo y la castración formaban la estructura imaginaria bajo la que sus miembros estaban determinados a vivir o a fantasmear individualmente su pertenencia al grupo. Aunque las dos clases de grupos estaban en deslizamiento perpetuo: un grupo-sujeto estaba amenazado por la sujeción, y un grupo sometido, a veces, podía verse obligado a asumir un papel revolucionario. Para Guattari, el análisis freudiano no retenía del fantasma más que sus líneas de disyunción exclusivas y lo aplastaba en sus dimensiones individuales o seudoindividuales, que por naturaleza le relacionaban con grupos sometidos, en lugar de realizar la operación inversa, extrayendo del fantasma la potencialidad revolucionaria del grupo. En los grupos sometidos la libido no se arriesgaba a salir del Edipo y lo interiorizaba bajo la forma de fantasma seudoindividual.

Como alternativa, Guattari concebía al grupo como sujeto inconsciente pero analizante, que se proponía interpretar su propia función y que realizaba una praxis con “efectos analíticos”. De este modo, el grupo, en su proyecto de ser sujeto, actuaba como agente de enunciación colectiva, capaz de transformarse y de transformar la sociedad en que se insertaba. Para ello, el grupo debía de liberarse de ciertos “impases” neuróticos, elevando el coeficiente de “transversalidad” inconsciente —contrapuesto a la “verticalidad”—, y teniendo en cuenta los elementos interpretativos existentes fuera de la situación analítica, en los eslabones móviles de la sociedad. De ahí la conveniencia de politizar la praxis de los grupos terapéuticos o institucionales, de la misma manera que habría que introducir instrumentos analíticos en la praxis de los grupos revolucionarios.

MAYO DEL 68

Felix Guattari tuvo serias dificultades con los grupos políticos izquierdistas, casi siempre coartados y mediatizados por las consignas de arriba, que sustituían a una verdadera “enunciación” colectiva y aseguraban una autoconservación fundada en la exclusión de los otros grupos. Pronto se dio cuenta de que la revolución preconizada por los partidos comunistas y los sindicatos de clase era inviable, o imposible, porque en la práctica dichas organizaciones no hacían sino integrar al proletariado en el sistema capitalista y defender las fuerzas productivas nacionales, en detrimento de los países del Tercer Mundo, al tiempo que suplantaban mesiánicamente a las masas. El desconocimiento y la represión de los deseos de las masas fomentaban estructuras de sometimiento y burocratización, el agrupamiento de un proletariado disciplinadamente organizado y el apartamiento de un subproletariado residual que habría que excluir o reeducar. La misma clase obrera estaba infiltrada por su propia participación material e inconsciente en los sistemas dominantes del capitalismo mo-

nopolista de Estado y del socialismo burocrático. Los trabajadores reabsorbían más o menos pasivamente los modelos y valores burgueses, reproduciendo por su cuenta objetos institucionales alienantes, tales como la familia patriarcal, el apego a la patria con sus inevitables resabios racistas y a todo tipo de particularismos étnicos, corporativos, religiosos, deportivos, etc. Las “víctimas” del capitalismo y del socialismo real vivían atormentadas por una angustia y una culpabilidad que constituían un engranaje esencial para el autosometimiento de los individuos a la producción y al consumo de objetos. Unas víctimas aplastadas en sus deseos, pero gestionadas por un ideal imaginario de amor mítico, de felicidad sin fin, de salud eterna y de confort material, que chocaban con la realidad completamente distinta que encontraban a la vuelta de la esquina: los problemas de la vida cotidiana, las enfermedades, los accidentes, la locura, las drogas, el suicidio, la muerte, etc. De este modo se generaba un conjunto de demandas que perpetuaba la dependencia inconsciente a la producción.

La revolución era precisa, tenía que llegar la lucha por la liberación de posiciones subjetivas y particulares, que fuesen capaces de comunicarse “transversalmente” y unirse en la multiplicidad de los deseos. Y la revolución fue posible en Mayo de 1968, cuando grupos sujetos se convirtieron en “analizadores” de una considerable masa de estudiantes y trabajadores jóvenes, actuando sin pretensión de vanguardia o hegemonía, sino como simple soporte para la “transferencia” y la desaparición de las inhibiciones, la expresión del deseo y el hallazgo de la verdad. Pero, ¿cómo reconocer la verdad? Para Guattari fue fácil: “la verdad revolucionaria existe cuando nada puede ensuciarnos, cuando tenemos ansias por saber de que se trata, cuando ya no existe el miedo, cuando nos vuelven las fuerzas, cuando se está dispuesto a arremeter hasta el fondo, incluido el riesgo de reventar. A la verdad se la vio actuar en Mayo de 1968: todo el mundo la comprendía sin dificultad” (4). Pero la revolución pasó y las cosas fueron volviendo a sus cauces normales, aunque muchas sensibilidades quedasen sembradas. “Ya es hora —dijo en 1970— de abandonar todo triunfalismo para darse cuenta que no solamente se está con la mierda al cuello, sino que la mierda penetra cada uno de nuestros poros, cada una de nuestras organizaciones” (5).

CAPITALISMO Y ESQUIZOFRENIA

Tras el reflujo del Mayo francés, muchos intelectuales de izquierda pretendieron mantenerse en una postura de radicalidad inexpugnable y sin autoconcesiones en el inconsciente, replegándose hacia el psicoanálisis lacaniano. Justo en el momento en que el movimiento revolucionario perdía sus soportes en la realidad social. El combate liberador había de hacerse en la “otra escena”, contando con que el psicoanálisis podría subvertir cualquier situación, cuestionar el orden psicológico, social y político. Pero Guattari, que había sido discípulo de Lacan, sabía que ese no era el camino, porque el psicoanálisis aniquilaba sistemáticamente los contenidos sociopolíticos del inconsciente, reduciéndolos siempre a la nostalgia familiarista del Edipo. Si eso podía tener alguna va-

lidez en las neurosis, las psicosis quedaban fuera del campo contractual del psicoanálisis, y en ellas los contenidos sociopolíticos de la libido eran clínicamente manifiestos. Guattari, consecuentemente, se propuso redescubrir las psicosis y restituir al inconsciente sus perspectivas históricas. Toda la investigación sobre la psiquiatría viviente mostraba que las representaciones, los mitos y los personajes de la locura remitían a cuestiones fundamentales de la sociedad. En el manicomio, en el espacio social reservado a la locura, podía leerse mejor la significación y el destino de las sociedades industriales, en tanto que dichas sociedades no habían estado en condiciones de producir instituciones económicas, sociales y políticas capaces de volver operativas la palabra y la creatividad social de las masas populares, que seguían siendo los objetos de la máquina económica.

En su libro “El Antiedipo”, escrito conjuntamente con Gilles Deleuze y publicado por vez primera en 1972, Guattari desarrollaba su crítica a los contenidos del psicoanálisis y proponía su “reversión interna”, que hiciese de la máquina analítica, invistiendo libidinalmente el campo social, una pieza indispensable de aparato revolucionario. El capital, reprimiendo al inconsciente como máquina deseante, producía esquizofrenia. Era el polo opuesto de la locura, que, liberada, podría generar el deseo revolucionario. Por lo tanto, la lucha por la liberación de los locos debía insertarse en el marco de la revolución anticapitalista. “El Antiedipo” fue un libro tremendamente polémico, que sin embargo pasaría casi desapercibido para los políticos y para los psiquiatras. Al igual que su segunda parte, “Mil Mesetas”, publicado originalmente en 1980 (6).

Tras abandonar formalmente el psicoanálisis, Felix Guattari se integró en las corrientes antipsiquiátricas desde su perspectiva del análisis institucional, participando activamente en el desarrollo del “Reseau”, una red de experiencias y grupos militantes que se constituyó como “alternativa popular a la Psiquiatría”, cuestionándola radicalmente como una institución al servicio del poder. Pero, a diferencia de otros (Basaglia, Cooper, etc.), no concebía la alienación mental como una suerte de alienación social, sino que defendía la especificidad de la locura. No debía negarse al loco su derecho a ser loco y a manifestarse como tal, como tampoco había que plantearse la generalidad de la locura, ni invocar la identidad mística del revolucionario y el loco. Pero el conjunto del campo social debía ser interpretado “también” en función de la singularidad del loco en su propia subjetividad. Y los militantes revolucionarios no podían desimplicarse de la delincuencia, la desviación y la locura, no como reformadores o educadores, sino como lectores que solo en esos espejos podrían leer el rostro de su propia diferencia.

Felix Guattari nunca dejó de ser un militante revolucionario. Pero su tremenda lucidez le impedía ser optimista. En 1970 ya preveía mucho de lo que vendría después: “Cosas de todos los colores, verde e inmaduras, revoluciones, pero también con toda seguridad, asquerosidades del tipo fascismo y compañía. Entonces, ¿qué hay que hacer? ¿esperar que lleguen? ¿pasar a la acción? De acuerdo, ¿pero dónde, quién, cómo? Eligiendo al azar. Pero la cosa no es tan sencilla, la respuesta a muchas preocupaciones está prevista, organizada, calculada por las máquinas de los poderes del estado”

(7). El, siempre lúcido y activo, en todo momento supo encontrar y elegir nuevas prácticas alternativas para “revoluciones moleculares”: la ecología política, la última. Aunque cada vez tenía más claro lo ferozmente irracional del poder del Estado, que multiplicaba al infinito su rigidez y su parálisis institucional: “Por vacío y mistificador que sea, este tipo de poder produce una eficacia no menos terrible. No se podrá, así, subestimar ni enmascarar la masa inmensa de dolor y de angustia que encubre tras su máscara de cinismo y su indiferencia tecnocrática: inseguridad de la vida cotidiana, precariedad del trabajo, fragilidad de las libertades civiles y, tal vez por encima de todo, imposibilidad de dar un sentido individual o colectivo a la vida, prohibición fáctica de todo

proyecto comunitario que pueda llegar a ver la luz, de todo devenir creativo para poder instaurarse conforme a un régimen propio” (8).

En los últimos tiempos Felix Guattari se dedicaba sobre todo a la actividad intelectual, si bien no abandonaba del todo su militantismo crítico. En sus últimas semanas parecía cansado, aunque no paraba. Su “fax” enviaba folios en blanco, casi hasta el último día (9). Ha muerto a los 62 años de edad. Todavía demasiado joven...

E. González Duro

BIBLIOGRAFIA

1. Sobre las relaciones enfermeros-médico. Informe de una discusión en La Borde, con Jean Oury, septiembre de 1955. Incluido en: Psicoanálisis y Transversalidad. Siglo XXI. México 1976.
2. Deleuze G, Guattari F. El Antiedipo. Barral Editores. Barcelona 1973.
3. Somos todos grupúsculos. L'Idiot Liberte. Diciembre 1970. Recogido en: Psicoanálisis y Transversalidad.
4. Psicoanálisis y Transversalidad.
5. Psicoanálisis y Transversalidad.
6. Deleuze G, Guattari F. Mil Mesetas. Pre-Textos. Valencia 1988.
7. Les nouvelles lignes d'alliance. Paris 1984.
8. Somos todos grupúsculos.
9. Vilar S. Comunicación personal.